

blime longanimidad de la señora Duquesa de Pastrana.

—El objeto de mi viaje á Francia no está bien que yo lo diga—replicó el clérigo un tanto amoscado.—Sólo indicaré á usted que hace tres días estaba ya de regreso en la Villa y Corte, donde seguiré hasta que lo disponga quien puede hacerlo, consagrado al servicio del Señor y á la salvación de las almas españolas.

—A lo mismo nos dedicamos nosotros—dije, poniéndome la mano, no precisamente en el corazón, pero muy cerca de él.—Mi esposa y yo también servimos á Dios y salvamos almas cuando se tercia... En la persona de usted, Padre Garrido, reverenciamos á la milicia cristiana, á quien el Altísimo otorga el mandato de gobernar á los pueblos y conducirlos á la eterna gloria. Ya nuestra España es de ustedes. Aquí no reina Alfonso XII sino el bendito San Ignacio, que á mi parecer está en el cielo, sentadito á la izquierda de Dios Padre... Los españoles somos católicos borregos, y sólo aspiramos á ser conducidos por el cayado jesuítico hacia los feraces campos de la ignorancia, de la santa ignorancia, que ha venido á ser virtud en quien se cifra la paz y la felicidad de las naciones... Nos prosternamos, pues, ante el negro cingulo, y rendimos acatamiento al dulcísimo yugo con que se nos oprime *ad majorem Dei gloriam.*»

No se le escapó al ladino y sutil clérigo el saborete irónico que ponía yo en mis pa-

labras. Con forzada sonrisa y frunciendo el ceño, doble y equivoca expresión facial de su índole solapada, el joven Padre me alargó la mano buscando la fórmula de despedida. También Lucila mostraba deseo de cortar nuestra conversación, poniendo tierra entre los dos grupos, y así me dijo:

«Sigán ustedes paseando, Tito; el Padre y yo tenemos que ir á la Nunciatura para un asunto...»

—La Virgen les acompañe, reverendo caballero y señora ilustre—dije yo destapando mi cabeza.—Y si se acuerdan de estos pobres pecadores, tengan la bondad de implorar para nosotros la bendición apostólica, por mediación del santísimo Nuncio... Adiós, adiós.»

XXVII

Viéndoles partir hacia la Plaza del Angel, Casianilla, súbitamente alterada y colérica, me dijo: «Si estuviéramos en descampado les apedrearíamos. ¿No te parece?»

—No, hija mía, no—repliqué yo, cogiéndole el brazo con que imitaba el manejo de la honda.—Modera tu arrebato bélico, que los tiempos son más de paciencia solapada que de fiereza impulsiva. Si apedreáramos, podría suceder que nuestros tiros no dieran en la cabeza del Reverendo, que bajo la capa de su finura exquisita esconde las intenciones de un grandísimo bellaco, y fuesen á des-

calabrar á la hermosa *Celtibera*, persona ciertamente estimable y digna de respeto... Esta buena señora fué en sus días juveniles la corza ligera y elegante que á todos cautivaba; ahora es la oveja tarda y simplísima que no puede con el peso de sus lanas... No hemos de ver en las beaterías de Lucila un movimiento espontáneo de su ánimo, el cual, digan lo que quieran, aún conserva la independencia celtibera. Sus concomitancias con lo que podríamos llamar *el elemento jesuítico*, son un puro artilugio para ponerse á tono con la caterva elegante y santurrona que hoy rige los destinos de España. A tal comedia la mueve el amor de su hijo Vicente, y el anhelo de empujar al chico en su carrera política. Ya verás, ya verás cómo, auxiliada por *los padres, las madres y las tías*, consigue hacer Ministro á Vicentito, con Sagasta ó con el demonio coronado... *¿Entiendes, Fabia, lo que voy diciendo?*... No debemos acometer á nuestros enemigos con palo ni piedra. Esperemos á que tomen posiciones y nos manifiesten el poder de sus armas, y la eficacia de sus ingenios de guerra.

—Está muy bien, Tito mío—dijo Casiana agarrándose de mi brazo.—Y ahora decidamos si nos metemos en casa ó nos vamos á visitar á la señora Condesa. Quiero ver la cara que pone doña Segismunda cuando se le diga que el grande hombre del sig'lo, don Antonio Cánovas, irá pronto á ofrecerle sus respetos y á darle las gracias por los libracos del tiempo de la Nanita.

—Yo también deseo contemplar el cariz de nuestra *Medusa* y su cabellera de serpientes—contesté.—Pero antes, si te parece, debemos personarnos en la Academia de la Historia, que está muy cerca como sabes. ¿Te olvidas de que hace unos días tengo allí mi asignación, y aún no he ido á cobrarla? Lo primero es lo primero, Casianilla. Vamos allá, vamos.»

Minutos después estábamos en el ancho zaguán de la Academia. Mas no hallándose presente la señora portera, que según nos dijeron había subido al segundo piso llamada por el Bibliotecario para que le prestase servicios de cocina y despensa, aguardamos sentaditos en la modesta estancia conserjeril, donde pasamos el rato en vagos comentarios sobre nuestra situación económica, que no era en aquellos días muy despejada.

Llegó en esto el anciano portero, á quien yo con caprichosa travesura imaginativa daba el nombre de *Tucidides*, por su puesto en aquella Casa y por el trazo helénico de su rostro visto de perfil. Lamentóse el buen hombre de la ausencia de su esposa, secuestrada por las impertinencias del señor Bibliotecario, hombre excelente pero un tanto enfadoso. Diciéndolo, puso en mis manos el pliego de mi Madre... ¡Ay! Fué cual onda luminosa que súbitamente disipó las tinieblas de mi espíritu.

Retiróse *Tucidides*, que tenía precisión de arreglar la Sala de Juntas para la *tenida* de aquella noche, y nos dejó en la porteria

indicándonos que estábamos en nuestra casa y podríamos permanecer allí todo el tiempo que quisiéramos. Solitos Casiana y yo abrimos el pliego y... ¡Oh inefable sorpresa y alegría! La Musa excelsa me mandaba doble suma de la presupuesta para cada mensualidad.

XXVIII

Después de justificar este doble socorro, enumerándome las privaciones y agobios que había yo de sufrir si me conservaba incorruptible y puro en medio del general positivismo, la Madre exponía su pensamiento acerca del porvenir de España en la forma elocuente y profética que traslado á mis buenos lectores:

«Hijo mío: cuando á fines del 74 te anuncié en una breve carta el suceso de Sagunto, anticipé la idea de que la Restauración inauguraba *los tiempos bobos*, los tiempos de mi ociosidad y de vuestra laxitud enfermiza. La sentencia de mi buen amigo Montesquieu, *dichoso el pueblo cuya Historia es fastidiosa*, resulta profunda sabiduría ó necedad de marca mayor, según el pueblo y ocasión á que se aplique. Reconozco que en los países definitivamente constituidos, la presencia mía es casi un estorbo, y yo me entrego muy tranquila al descanso que me imponen mis fatigas seculares. Pero en esta tierra tuya, don-

de hasta el respirar es todavía un escabroso problema, en este solar desgraciado en que aún no habéis podido llevar á las Leyes ni siquiera la libertad del pensar y del creer, no me resigno al tristísimo papel de una sombra vana, sin otra realidad que la de estar pintada en los techos del Ateneo y de las Academias.

»La paz, hijo mío, es don del cielo, como han dicho muy bien poetas y oradores, cuando significa el reposo de un pueblo que supo robustecer y afianzar su existencia fisiológica y moral, completándola con todos los vínculos y relaciones del vivir colectivo. Pero la paz es un mal si representa la pereza de una raza, y su incapacidad para dar práctica solución á los fundamentales empeños del comer y del pensar. Los *tiempos bobos* que te anuncié has de verlos desarrollarse en años y lustros de atonía, de lenta parálisis, que os llevará á la consunción y á la muerte.

»Los políticos se constituirán en casta, dividiéndose hipócritas en dos bandos igualmente dinásticos é igualmente estériles, sin otro móvil que tejer y destejer la jerga de sus provechos particulares en el telar burocrático. No harán nada fecundo; no crearán una Nación; no remediarán la esterilidad de las estepas castellanas y extremeñas; no suavizarán el malestar de las clases proletarias. Fomentarán la artillería antes que las escuelas, las pompas regias antes que las vías comerciales y los menesteres de la grande y pequeña industria. Y por último, hijo mío, ve-

rás si vives que acabarán por poner la enseñanza, la riqueza, el poder civil, y hasta la independencia nacional, en manos de lo que llamáis vuestra Santa Madre Iglesia.

»Alarmante es la palabra Revolución. Pero si no inventáis otra menos aterradora, no tendréis más remedio que usarla los que no queráis morir de la honda caquexia que invade el cansado cuerpo de tu Nación. Declaraos revolucionarios, díscolos si os parece mejor esta palabra, contumaces en la rebeldía. En la situación á que llegaréis andando los años, el ideal revolucionario, la actitud indómita si queréis, constituirán el único síntoma de vida. Siga el lenguaje de los bobos llamando paz á lo que en realidad es consunción y acabamiento... Sed constantes en la protesta, sed viriles, románticos, y mientras no venzáis á la muerte, no os ocupéis de *Maricello*... Yo, que ya me siento demasiado clásica, me aburro... me duermo...»

FIN DE CÁNOVAS

Madrid-Santander.—Marzo-Agosto 1912.

En preparación:

SAGASTA

Tomo séptimo de la **quinta** y última serie,
y **cuarenta y siete** de los

EPISODIOS NACIONALES





